



CONFERENCIA DE MONSEÑOR JOSE IGNACIO MUNILLA

CONVERSIÓN O DECADENCIA

Muy buenas tardes a todos y agradezco vuestra invitación y me siento también pues en casa, con esta acogida.

Estamos en tiempo de cuaresma y me pidieron: ¿podríamos hacer una charla cuaresmal? Pues sí, ese es un poco el contexto, de esta reflexión que he pensado compartir con vosotros. Una charla cuaresmal, en la que la Iglesia sobre todo, lo que hace es hacer una llamada, dirigiros, dirigirnos a todos una llamada a la conversión.

Se me ha ocurrido titular esta charla de esta forma: "**Conversión o decadencia**".

Hace poco, en las redes sociales, se me ocurrió enviar esa palabra un poco de contraste, queriendo un poco provocarnos, para caer en cuenta: "*Ser o no ser, esta es la cuestión*". Conversión o decadencia, esta es la cuestión. No hay punto intermedio entre ambas cosas. Aquí no cabe decir: "*yo estoy en un terreno intermedio, yo no he optado ni por la conversión, pero tampoco por la decadencia*". La verdad es que no convertirse, no ir camino de conversión, inexorablemente es transcurrir por el camino, por la cuesta abajo, de la decadencia.

¿Qué es la conversión? La conversión es, redescubrir nuestra vocación radical a la santidad, revivirla y redescubrirla. La santidad es, responder al querer de Dios en nuestra vida, que coincide al milímetro el querer de Dios, coincide con nuestra felicidad y con nuestra madurez.

No es difícil ser santo. Me atrevo a repetir esto: no es difícil ser santo, pero es largo. Esta es una batalla, que dura tanto como la vida y que suele terminar un cuarto de hora después de haber marchado de este mundo. Es más, se prolonga también, más allá de esta vida en esa purificación posterior, que llamamos purgatorio, con la que Dios completa nuestra santidad. No es difícil, pero es largo.

Decía el Papa Francisco (que por cierto hoy celebramos el cuarto aniversario del inicio de su pontificado), que él asocia el término santidad a la paciencia. Asocia ambas cosas. Decía: "*dentro de mí, cuando me viene la palabra santidad, me viene la palabra paciencia, constancia, perseverancia*", porque no es difícil, pero es verdad que es largo, o sea, es toda una vida de perseverancia.

Hay dos caminos para llegar a la santidad. Dos caminos: el de la inocencia y el de la penitencia.

El de la inocencia es fundamentalmente el de Ella, el de esa madre de Jesús que veneráis también en esta parroquia, bajo una hermosa vocación. El camino de la inocencia es el de Ella. Y también hay que decir que, en nuestra vida también ha habido milagros de inocencia, pecados de los que Dios nos ha preservado. Sí, Ella es la preservada del pecado, pero también nosotros, a otro nivel, hemos sido preservados de muchas cosas por pura gracia de Dios. También la inocencia, en otra medida, pero también es camino para nosotros.

Pero bueno, digamos que, en un sentido más pleno de la palabra, el camino de la inocencia a nosotros se nos ha escapado, y entonces estamos en el camino de la penitencia. Y bien sea por la inocencia o por la penitencia, estamos regresando a esa voluntad primigenia de Dios, que es la de la santidad.

Entendemos una cosa: la conversión, con mucha frecuencia, nosotros pensamos que, el problema que tenemos para llegar a la conversión se reduce, se circunscribe, al problema de nuestra voluntad débil. Pero, sin embargo, la conversión moral es un reto, pero la conversión de nuestros criterios, de nuestra forma de ver las cosas, es más definitiva. Convertirse, pues, no solamente es, ser capaz de vencer en nuestra voluntad las tentaciones del mínimo esfuerzo, del hedonismo..., sino que es también ver, entender el mundo, entender la vida desde el prisma de Dios, juzgar las cosas desde su perspectiva. Acordaros de esa reprensión que le hace Jesús a Pedro: "*Pedro, tú piensas como los hombres, no piensas como Dios*". Convertirse, también es pensar como Dios. ¿Cómo podemos pensar como Dios? Pues desde el evangelio, desde la revelación de la Sagrada

Escritura, que nos permite tener criterios, juzgar la vida, la existencia, pues no desde tejas para abajo, sino desde tejas para arriba, desde la perspectiva de Dios. Eso es la conversión: hacernos una y otra vez la pregunta de: "Señor, ¿cómo ves tú la vida?, ¿cómo me ves tú a mí?, ¿cómo ves el reto en el que estoy introducido?". Una reflexión.

Existe una cierta alergia en nuestra cultura a la palabra, al concepto, a la llamada a la conversión. Existe una cierta alergia. Eso de decir "conversión o decadencia", como he dicho yo, pues seguro que diría: "este es un *fundamentalista*". Está especialmente mal vista, mal visto el término, puesto bajo sospecha eso de, la llamada a la conversión. Incluso en la nueva era, en esta tendencia en la que hemos ido diciendo, una especie de espiritualidad que pretende sustituir a la religión; hemos pasado del "*Cristo sí, Iglesia no*" a "*espiritualidad sí, religión no*". ¿Y qué diferencia hay sustancialmente entre esa vaga espiritualidad y la vivencia de la religión? Pues una de las diferencias claves es precisamente esta: esa vivencia de la religiosidad, busca un bienestar interior, sin conversión. La nueva era, no llama nunca a la conversión. No llamará nunca a la conversión. A la nueva era, no le gusta el término de pecado. No le gusta.

Algunos habréis visto en las redes, un testimonio que dio una valenciana, Asunción Ruiz, a quien le pedimos que diese su testimonio, de su paso por la por la nueva era hasta haberse encontrado con el Señor en la conversión. Y a mí me llamó la atención que ella, cuando compartía su testimonio, nos dijo, cómo especialmente en todo ese mundo, de esa vaga espiritualidad de consumo interior, de bienestar interior; la palabra denostada por antonomasia, era la palabra pecado, que estaba mal vista. "*No, el pecado no existe. Lo que existe es un conocimiento imperfecto. Tú irás creciendo en conocimiento, pero el pecado está mal visto*". Incluso ella contó, que cuando ella tuvo su conversión e intentó, a un grupo de personas que habían estado con ella metidas en la nueva era, ella intentó ayudarlas a acercarse, a conocer a Jesucristo. Inició con ellos un grupo de oración y hasta comenzó a rezar el rosario. Pero le pusieron una condición: que cuando dijese el Santa María no dijese "Ruega por nosotros, pecadores". No, esa palabra no. "*Si quieres rezamos lo demás, pero pecadores no*". Le pusieron esa condición. Fíjate, todo lo demás estaban dispuestos a decirlo, pero la palabra pecadores, "*No, no me hagas pronunciarla*". Y ella, con

una valentía tremenda, dijo: "*Pues yo así no rezo si quito eso*" porque es ponernos ante la verdad de la vida.

Y eso que parece hablar del pecado, eso que parece que, a veces se ha dicho que es pues una especie de peso, de atormentarnos moralmente, esa acusación que se le ha hecho a la Iglesia de predicar sobre el pecado metiendo miedo, etc... Hoy en día, con el paso del tiempo, decía esta mujer, que ella comprendió que era liberador hablar del pecado. ¿Por qué es liberador hablar del concepto de pecado? Porque, es que si yo he pecado, quiere decir que hay alguien a quien le importo, a quien le he ofendido. Porque claro, si Dios es una energía, a la energía ni le ofendes ni le importas, ¿sabes? Ahora, si Dios es tu padre, obviamente lo que tú hagas le puede ofender. Y el pecado es signo, de que hay alguien que te quiere. Si no hubiese alguien que te quiere, no habría pecado, porque es que a alguien le has ofendido, porque te quería. La noticia es que hay alguien que te quiere tanto, que hasta puedes ofenderle, fíjate con lo que te quiere.

Por eso, frente a esa alergia a la conversión, a ese concepto de conversión, tenemos que redescubrir la liberación tan grande que es el decir: "*sí, existe un pecado porque alguien me quiere y espera de mí lo mejor*". Espera de mí la santidad, no el moralismo. Yo creo que la llamada a la conversión está tan lejos del moralismo como de un falso misticismo. El moralismo es, pues la pretensión de hablar de la moral, del deber moral y del deber y lo malo que has hecho, olvidándonos que la primacía está en la gracia, en el encuentro con la gracia. Sin el encuentro con la gracia el hombre, es pedirle peras al olmo, pedirle su conversión. Hasta que la samaritana no se encontró con Jesús, pues pedirle que ordenase su vida, pues eso era imposible pedírselo. ¿Cómo se lo vas a pedir, si no se ha encontrado con la gracia? Si no se ha encontrado con el amor, con mayúsculas, ¿cómo va a amar rectamente? Lo que hará será mendigar afectividad, pero no sabrá amar.

Por tanto, conversión no es moralismo, pero tampoco es falso misticismo, porque también existe el riesgo contrario, el propio de la nueva era. El falso misticismo, habla de una vivencia espiritual, que ignora la exigencia de verdad en nuestra vida. Porque cuando alguien se encuentra con Dios, está llamado a vivir en verdad.

Lo único que puede cambiar el mundo, es la conversión. Lo único que puede cambiar el mundo.

Yo con esto no quiero también denostar de la vocación política. También será necesaria la vocación política, `por supuesto que sí, en la construcción del bien común. Pero todos somos conscientes, de que se puede discutir, de planteamientos políticos y que mientras que nosotros no cambiemos por dentro, cambiar las estructuras, sin haber hecho un profundo cambio interior, es pues una operación cosmética que no cambia nada.

El llamamiento determinante que ha transformado la historia, no es aquel que hizo el marxismo de "*proletarios del mundo, uníos*", ni tampoco es el que hace el liberalismo, es el de "*laissez faire, laissez passer*", "*dejad hacer, dejad pasar*". No, ni uno ni otro, han cambiado verdaderamente el mundo. La palabra definitiva, la única capaz de transformar el mundo, es la de Jesucristo: "*Convertíos y creed en el evangelio*".

¿Qué pasos dar de cara a esa conversión, a acoger esa llamada a la conversión? Seamos o no seamos conscientes de ello, estamos viviendo en uno de estos tres niveles. Lo decía Kierkegaard, un famoso filósofo danés, que nuestra relación con la realidad y con la verdad moral y verdad ética de nuestra vida, tiene tres niveles. Tiene tres posibles niveles.

Uno es el primer estadio, dice él, es el estadio estético, que responde más o menos a las preguntas del siguiente tenor: *¿Qué tal me encuentro?, ¿me siento en paz?, ¿me siento realizado?, ¿cómo estoy?* Sin duda es el nivel de la nueva era. *¿Qué tal te sientes?* Es el primer estadio.

El segundo estadio, él al primero le llama el estético, al segundo le llama el ético. Responde a otro tipo de preguntas, que es: *¿qué tiene derecho a esperar el prójimo de ti?, ¿qué puedo hacer yo por los demás?, ¿qué puedo aportar yo, a la construcción del bien común?* Como veis, ya es salir de tu burbuja y plantearte la pregunta por los demás, en los demás yo recibo una llamada.

El tercer estadio, que es, el que él llama el estadio religioso o el teologal, responde a la pregunta: *¿qué espera Dios de mí?, ¿es mi vida acorde al mensaje revelado por Jesucristo?, ¿estará Dios contento con mi vida?*

Obviamente, cuando se vive en el primer estadio, cuando la pregunta existencial se reduce a: *¿estoy agobiado?, ¿no estoy agobiado?, ¿me siento bien?, ¿cómo me siento?,...* estamos en un nivel, que no deja de ser un nivel propio del narcisismo. Que esos parámetros narcisistas, nos incapacitan para amar a un "tú" distinto de nosotros mismos. Detrás de este nivel llamado estético o narcisista, en el fondo hay una idolatría de la felicidad. que se convierte en un becerro de oro, que pretende buscar tu bien particular, desvinculándolo de la naturaleza de las cosas. El caso es, yo ser feliz. Y fijaros una cosa, que nosotros podríamos firmar ahora mismo, el decir que, la búsqueda de la felicidad coincide con la búsqueda de la voluntad de Dios, pero es muy distinto que la felicidad se persiga en sí misma, por sí sola, o que la felicidad sea la consecuencia de haberse entregado a un ideal. Cuando la felicidad se persiga por sí misma, se convierte en una idolatría, en un becerro de oro. La paradoja es, que la felicidad se encuentra cuando uno se ha olvidado de "cómo estoy".

Por eso es un salto de gigante para la conversión, pasar al segundo estadio, al estadio ético. Porque un antídoto muy importante del narcisismo, de ese "cómo estoy, cómo me siento", de esa especie de bucle melancólico, en el que siempre estamos compadeciéndome de mí mismo "*pobrecito de mí, todo me pasa a mí, etc..*", esa especie de autolamentación, que es una tentación grandísima; la manera de salir de esa tentación narcisista, es dejarnos interpelar por el prójimo que está a nuestro alrededor, dejarnos interpelar por él. Abrir nuestros horizontes a los verdaderos sufrimientos de la vida, a las verdaderas víctimas de la sociedad. Superar la tentación de un falso victimismo, pasar del "pobrecito de mí" a entregar nuestra vida, a los que son verdaderamente víctimas en este mundo. Sin la apertura al prójimo, es muy difícil escapar, de la trampa de nuestra mente para introducirnos en la vida real. Y es muy importante que nos dejemos interpelar, que nos dejemos corregir. La corrección fraterna, es básica en el camino de la santidad. Que alguien me diga también cómo me ven desde fuera, porque la autopercepción de uno mismo es demasiado subjetiva. Es muy fácil engañarse; ser

corregido es una gracia de Dios. Cuando alguien nos corrige, nos solemos poner a la defensiva, ¿verdad? Es una gracia el ser corregido.

Pero todavía hay un tercer estadio, absolutamente necesario para el camino de la santidad, que es el religioso. Dios no se ha limitado a crearnos, a lanzarnos a la existencia, sino que tiene para cada uno de nosotros un plan, una vocación a la santidad que tenemos que descubrir. Y nosotros no somos inventores de la voluntad de Dios, somos descubridores de esa voluntad. No es lo mismo inventar, que descubrir. Lo nuestro es descubrir, no es inventar; y Dios nos lo va mostrando. Sin la pregunta de ¿qué quiere Dios de mí?, difícilmente, el hombre podrá avanzar definitivamente en el camino de la conversión.

Un paso más para reflexionar sobre esta llamada a la conversión: la tentación existe. Hoy en día hay que decir: "*oye, no confundas tentación con tendencias*". Porque algunos dicen: "*esto es una tendencia*". No, es una tentación. Es una realidad, que hay que saber identificar; porque cuando alguien va a una batalla, lo peor que le puede pasar, es no ser consciente de ante quién se está enfrentando. Por eso, creo que también estamos llamados, junto con los padres de la Iglesia, los padres del desierto de los primeros siglos, a reflexionar sobre cuáles son las tentaciones del momento presente.

Una tentación del momento presente es, creer que las dificultades son todopoderosas. Seguro también que entre nosotros, que estamos muchos aquí, habrá también quien tenga esta tentación, que tienda a verlo todo negro, diciendo: "*estamos perdidos*". Y el que cree que las dificultades son todopoderosas, está siendo tentado contra la fe. Es como si él rezase un anticredo: "*Creo en las dificultades todopoderosas, destructoras del cielo y de la tierra*". Y se olvida de que el todopoderoso solo es Dios. Esa es la primera tentación.

La segunda tentación del hombre, que puede parecer de signo contrario, es pretender ser Dios; saberlo todo, tenerlo todo, poderlo todo. La primera tentación, está más en la desesperación, la segunda está más en la presunción. Pero es frecuente que a veces, seamos tentados desde los dos lados, desde la desesperación o desde la presunción.

La presunción, es la tentación de no necesitar de Dios, para hacer el bien. Creerte que sin Dios y la gracia, vas a ser capaz de construir la felicidad de tu vida.

La desesperación consiste en pretender, de alguna manera, pensando que es imposible la santidad, pensando que para ti se te ha escapado definitivamente, la posibilidad de ser santo y de responder a la llamada de Dios. Pues sencillamente olvidarte de eso y entretenerte con cosas vanas; esa es la desesperación.

Qué importante es desenmascarar la tentación. Cuando en el Padre Nuestro decimos: "*no nos dejes caer en la tentación*", implícitamente también estamos pidiendo, luz para descubrirla, luz para desenmascararla. Por ejemplo, una tentación muy recurrente entre nosotros, suele ser la de demonizar a nuestro prójimo, pensando que tu enemigo está fuera de ti, que tu enemigo principal está fuera de ti; siendo así, que el principal enemigo lo tenemos dentro de nosotros. Y el problema, no es que un barco esté rodeado de agua, ¿sabéis? El problema de un barco, puede ser el que tenga un agujero y el agua le entre dentro. El problema es tuyo, no es del agua que te rodea. El enemigo principal, lo tienes dentro de ti. Una tentación típica suele ser, la de olvidarte que la frontera entre el bien y el mal no está fuera de ti, que pasa por tu corazón. La trinchera entre el bien y el mal, la tienes dentro de ti. Tan importante esto. Sufrimos tanto por no identificar dónde está nuestro enemigo. Nuestro enemigo no está fuera, nuestro enemigo no está en éste, en el otro...; tu enemigo principal está dentro de ti.

La no creencia en la existencia de Satanás, también nos trae muchos problemas. Cuando nos olvidamos de la existencia del demonio, con mucha frecuencia, de ahí se acarrean rencores hacia el prójimo, porque le estamos achacando al prójimo, un nivel de maldad que no tiene, porque no hemos terminado de identificar dónde está la fuente de la tentación, que está en Satanás, en su estrategia. Que no está en ese que tú piensas que es malo-malísimo; no está el problema ahí. Por eso creo que, el camino de la conversión, cuando pedimos "*no nos dejes caer en la tentación y libranos del mal*", estamos también pidiendo luz. *Lámpara es tu palabra para mis pasos, luz en mi sendero*. Estamos pidiendo la asistencia del Espíritu y su luz especialmente.

Vamos a hablar de las estrategias: Cuáles son las estrategias de la tentación; y cuáles son las estrategias de Jesucristo.

Las estrategias principales del tentador, de Satanás y sus ángeles, son pues en primer lugar, hacernos creer que no existe. Pensar que la tentación, que la lucha con la tentación se identifica con una superación psicológica de mis defectos. Y no, eso sería como quien va ante un enemigo, infinitamente superior que él, pues va equipado como con un tirachinas; o como quien pretende vencer un cáncer, con una aspirina. “*Nuestra lucha, (que dice San Pablo en la carta a los Colosenses o la carta a los Efesios creo que es,) no es contra la carne y la sangre. Nuestra lucha es contra las potestades angélicas, contra Satanás y sus ángeles*”. Y eso es importantísimo tenerlo claro. Ante esa batalla, no podemos ir sino arropados por la gracia de Dios y por los medios de gracia. La primera táctica pues, es el olvido de la existencia del tentador.

La segunda, creo que es también bastante recurrente en nuestro contexto, es la de confundir lo normal y lo corriente. Es frecuente, que el nivel ético o el nivel moral de muchísimas personas hoy en día, no esté en la santidad, que esté más bien en decir: “*oye, pues yo quiero ser una persona normal*”. Y entonces, ¿qué ocurre? Pues que con frecuencia, confundimos normalidad, con lo que la mayoría de los que nos rodean están realizando. Al final, la mediocridad reinante, es juzgada como normal. No es lo mismo. Yo recuerdo un profesor ya fallecido, que cuando era seminarista, un día en clase nos dijo esto: “*Mirad, no confundáis nunca lo normal y lo corriente. Hay cosas que serán corrientes, muy corrientes. Nos será corriente, que en un ambiente determinado, pues la gente beba más de lo debido, muy corriente; pero no es normal*”. Y nos decía: “*Hay cosas que son normales, que una familia rece unida, pero no es corriente*”. Decía: “*La verdad es, que distinguir ambos conceptos, es clave en la vida espiritual para afrontar la tentación*”. Nuestro punto de referencia no es el sociológico, nuestro punto de referencia son los santos; y los santos son normales, pero no son corrientes.

Es frecuente, muy unido a esto, que otra estrategia de la tentación, suele ser la de los planteamientos minimalistas. La de quien plantea una vida espiritual desde una perspectiva moralista, pero que no busca el agradar a Dios. No es lo mismo que alguien

plantee su vida espiritual diciendo: "esto es *pecado*", que plantee su vida espiritual preguntando con valentía: "*¿esto le agrada a Dios?, ¿será esto lo que le agrade a Dios, lo que Dios espera de mí en esta vida?*". Es muy distinto partir de un supuesto o de otro. El demonio, siempre quiere que juguemos con el minimalismo, que luego ya se encargará él de que no lleguemos al cinco. Tú apunta al cinco, que ya vas a ver tú cómo suspendes.

Una táctica obvia de Satanás en sus estrategias, es la de disfrazar. Disfrazar la tentación de componendas intermedias. Satanás no nos suele tentar al mal, bajo el rostro del mal; porque, hombre, habría que ser un poco cazurro para aceptarlo. Existe esa tendencia de, al engaño, a tentar al mal, bajo el rostro del bien. Sobre todo, creo que en este momento, las componendas intermedias, que es tanto como decir la tibieza, la mediocridad... es su estrategia principal. Por ejemplo: pues a mí me ha llamado la atención mucho, pues la falta de reacción que ha habido entre nosotros, a esa película de Scorsese del "Silencio". Estos días en San Sebastián, en el diario en Noticias, salía un artículo titulado: "*San Sebastián o Scorsese*". Entonces el que lo escribía, que era un catedrático de allí, de la Universidad de la UPV, decía: "*Hombre, es que esta película es sensata. A ver, es que eso de que nosotros tengamos por patrono a San Sebastián; eso de que, el ideal moral tenga que ser el perder la vida, el dar la vida; es que hay que ser gente de diálogo. Entonces, en la película de Scorsese, pues el que apostata, pero en fin, pero no pierde la fe del todo aunque haya apostatado, pues entra en concepto de diálogo*". Y a mí me llamaba la atención cómo, el que escribía ese artículo, sacaba todas las consecuencias perfectamente, de lo que uno detecta en esa película: "*no es que, hombre, eso de martirio es una postura maximalista, que así no se puede ir por la vida, tenemos que dialogar y buscar...*".

Se predica, una especie de moral de prudencia, contraponiéndola a la moral del heroísmo. Entonces pues, entre la soberbia y la humildad, pues oye, se mantiene un orgullo digno; y entre la avaricia y la generosidad, pues una sana ambición; y entre la lujuria y la castidad, pues una naturalidad sensual; y entre la ira y la paciencia, pues un carácter espontáneo; y entre la gula y la templanza, pues el gusto propio; y entre la envidia y la caridad, pues un egoísmo controlado; y entre la pereza y la diligencia, pues una comodidad moderada. O sea, esto es de alguna manera es la pretensión; ¿bajo qué estrategias se nos presenta, la tentación en el momento presente? Que es renunciar a

esa palabra exigente de Jesucristo, que dice: *"No podéis servir a Dios y al dinero. No podéis servir a dos señores. El que no esté conmigo está contra mí"*. Hoy en día, quizás, lo que queremos es coger el espíritu del mundo, pero al mismo tiempo también, pretender bautizar el espíritu del mundo. Existe el riesgo de renunciar a cristianizar el mundo y para eso, ¿qué es lo que se hace?, mundanizar el cristianismo. Cuando se renuncia con valentía a cristianizar el mundo, se termina mundanizando el cristianismo. Es así.

Estas son las tácticas, son las tácticas del tentador y todos estamos bajo ellas. Aquí, el que se piensa que él ve estas tentaciones desde el otro lado del cristal, como si lloviese fuera y yo no me mojo, se equivoca; porque todos somos susceptibles de estas estrategias.

¿Cuáles son las tácticas de Jesucristo? La verdad es que, el Señor se caracteriza, por no tener mucha estrategia; por no tener estrategia, en ese sentido humano de la palabra que decimos "estrategias". Necesitaría Jesús, un jefe de campaña al lado suyo para que le dijese: *"Mira, eso que has dicho, es que eso presentarte ante la gente diciendo así: 'el que quiera venir detrás mío que coja su cruz y venga y me siga', hombre, ten un poco más de estrategia comunicativa"*. Seguro que alguno le diría eso, que no se puede ir por la vida presentando así la cruz, la cruz por delante. Lo cierto es que, la única estrategia que tiene Jesucristo, es la de presentar su amor, su misericordia; eso sí, tener mucha paciencia con nosotros, no ocultar la cruz en ningún momento, él no oculta la cruz, y esperar a que sea la verdad de la vida, la que nos lleva al encuentro con él. El Señor no juega a vender un producto, no juega "a ver cómo tengo que decirlo para que esto sea atrayente". Hoy en día somos muy dados a esto. Somos conejillos de indias, en el sentido de que la comunicación, nos están engatusando continuamente; "a ver si sale aquí un comunicador bueno que los engatuse"..., pero bueno, pero es que, es increíble.

Existe el riesgo hoy en día, de que más que sea la verdad la que nos convierta, que sea pues una cierta empatía, una empatía de un comunicador pues que dice... Pero vamos, a mí lo que me importa, ¿qué es?, ¿la empatía? ¿que me resulte atrayente? o que ¿lo que me han dicho, es una verdad como un camión? Somos susceptibles de ser engañados. Jesús no juega a estrategias comunicativas, y con esto no digo que no tengamos que intentar

comunicar bien. Yo obviamente, no estoy diciendo eso, pero por Dios, no tenemos que engañarnos con esas cosas.

Yo, por ejemplo, pues cuando uno ve el modelo de Radio María, que está a años luz de las calidades comunicativas de lo que son los medios de comunicación hoy en día, que tienen unas calidades.... pues es que nuestra fuerza está en esto, nuestra fuerza está en esta debilidad. Conviene que el contenido sea lo principal, no vaya a ser que, el continente, lo estemos cuidando tanto que sea más importante que el contenido. Oye, ¿tú te das cuenta que cuando vas a la televisión allí lo importante es, que la entrevistadora sea guapita, que sea no sé qué, que tiene un tipito...? O sea, si no te das cuenta de que están jugando con nuestras pasiones, con nuestros instintos, para que lo importante no sea lo que diga, sino que cree en ti una especie de proclividad, para aceptar lo que vaya a decir por su imagen. ¿Somos conscientes de lo que es eso?

Creo que es hermoso, ver el ideal de Jesucristo, que dice: *"Mira, la verdad os hará libres. Yo tendré paciencia"*, te dice Jesús. *"Yo estaré siempre junto a tu lado y confío en que la verdad descubras que es buena y termines entendiendo que es bella"*. A veces, nos ocurre, que la verdad no la vemos como buena, ni como bella; y que nos resulta bello y atrayente, lo que no es verdad. Entonces solemos tener un problema de paladar, porque te resulta atrayente lo que no alimenta; y lo que alimenta te resulta soso. Esto es un problema: a mí me resulta atrayente lo que es mentira y lo que es verdad sí, pero me aburre un poco. Bueno, pues es que eso supone una sanación de nuestro paladar, supone una sanación interior. Pero Jesús no va a engañarte, ¿sabes? No te va a engañar. Obviamente, supone que nosotros tenemos que educarnos, para que la verdad nos resulte sabrosa, nos resulte atrayente y llegue un día, en el que hasta casi nos resulte un sacrificio, o sea, no solamente sepamos que es malo, sino que nos resulte repugnante, lo que es contrario a la voluntad del Señor.

Esas son las tácticas de Satanás y las de Jesucristo, bien distintas. Desde luego, las del Señor, casi son como "no estrategia".

Lo que tenemos que hacer es perder el miedo a adentrarnos en este combate. Perder el miedo. Porque no hay que tenerle miedo a la tentación, sino miedo a alejarnos de Cristo en la tentación. Decía el padre Pío, San Pío de Pietrelcina decía él, que cuando se afronta y se vence la tentación, esta, produce el efecto de un lavado en la ropa sucia. Decía: *"tú afróntala, que te va a servir para lavar la ropa sucia"*. La tentación será una ocasión, de meterte en la lavadora y salir purificado. No le tengas miedo. Y San Agustín dice: *"nadie se conoce a sí mismo si no es tentado; ni puede ser coronado, si no ha vencido; ni vencer, si no ha combatido; ni combatir, si carece de enemigo y de tentaciones"*. Luego fíjate bien, que Dios es tan todopoderoso, que es capaz de servirse del tentador, como instrumento de nuestra santidad, que ya es el colmo. Dios hace ese milagro, el milagro de que el mal, el tentador, Satanás y sus estrategias, Dios acabe haciendo de ellas un designio, en el que nosotros salgamos purificados. Pero eso, por lo tanto, supone el: "no tengas miedo, témelo todo de tí sin Dios".

En resumen, queridos hermanos, un cristiano es alguien que está en proyecto permanente, en estado permanente de conversión. En estado permanente de conversión, en todos los órdenes de vida. ¿Cuál es el mayor regalo que le puedes hacer a tu familia? Ahora viene el día del padre. Si es que el mayor regalo, es la conversión. ¿Yo qué le voy a regalar a la familia?, pues tu conversión. Un sacerdote, ¿qué es lo mejor que puede hacer por su parroquia? su conversión. Y os voy a decir una cosa; no hay nada que convierta tanto a los fieles, como ver a su sacerdote con deseo de conversión. Porque entonces, se dice: *"este no es que sea un profesional"*. No, no es un profesional en el sentido negativo de la palabra.

Hace poco, me decía un sacerdote de Nápoles con mucha gracia, que va el niño de catequesis y le dice: *"Oye, ¿tú eres amigo de Jesús o solo trabajas para él?"*. Le dijo el niño de catequesis. Imagínate tú. Entonces decía: *"Es que me pegó un electroshock cuando lo escuché al niño"*. Pues es que lo mismo pasa. A ver, ¿cuál es el mejor testimonio que puede dar un sacerdote? Que predique, pues que tú le veas, que él es el primero que quiere convertirse. Esa es la mejor predicación.

Un cristiano es alguien en proceso de conversión, en permanente proceso de conversión. El mejor testimonio que le puede dar un padre a un hijo, es ese. El mejor padre no es un padre perfecto. El mejor padre, o sea, lo mejor que puede ver un hijo, es que su padre siempre intentó convertirse. Eso es lo mejor que se puede decir de un padre o de una madre: *"Yo a mi padre, a mi madre siempre le vi con deseo de conversión"*. Ese fue su epitafio: quise ser santo.

El Papa Francisco dice, que no basta una formación permanente, se requiere ante todo y sobre todo, una conversión y una purificación permanente. La conversión es un comienzo, no es un término. Lo último que le puede pasar a alguien, es creerse ya convertido. Y además una cosa, y es que la conversión, coincide también con la llamada al apostolado. Lo he dicho ahora mismo; si es que el mejor testimonio, el mejor apostolado que puede hacer uno, es su propia conversión. Dice el evangelio: *"Yo por ellos me santifico"*. Tu propia santificación, está unida a las almas que te han encomendado. Tú eres padre, eres madre: tu propia santificación, está unida a la de tus hijos. Para ser buen padre, no hay que echar más broncas, que alguna habrá que echar, sino que, hay que ser más santo, convertirme más "yo". Y lo mejor que puede hacer un obispo para aportar a su diócesis, es su propia conversión. Y cada uno que se lo aplique en su estado de vida. Tu propia santidad, está unida al fruto apostólico de lo que Dios te ha encomendado. No son dos historias distintas, tu santidad por un lado y el apostolado por otro. No, no. Todo, todo está unido. La conversión, siempre es apostólica. La conversión de nuestros pecados, dice el Papa, apunta siempre a estar disponibles para los demás.

Bueno, en definitiva, queridos hermanos, conversión o decadencia. Conversión o decadencia. Y un año más en este tiempo cuaresmal, Jesús dice la palabra clave que cambia el mundo: *"Convertíos y creed en el evangelio"*, porque es a la luz del evangelio, que nunca debemos de dar por sabido, fijaros bien, el evangelio tenemos que dejar que nos sorprenda. Cuando empecemos a escuchar un texto evangélico: *"sí, sí, la parábola del tal..."*, no, no, un momento, recíbela, que no se te escape una palabra de ella. Guarda como oro en paño, como cuando un sacerdote está ahí partiendo la hostia sagrada y hay algunas partículas pequeñas que las purifica para que no se pierda ninguna partícula. Haz lo mismo con la palabra, léelo y que no se te escape ninguna palabra de Jesús. Guarda

como oro en paño el evangelio. Porque cuando Jesús dice: "*Convertíos y creed en el evangelio*", necesitamos los ojos de Dios, que son el evangelio, para ver nuestra vida desde su perspectiva, a la luz de su mirada. La clave está en ver nuestra vida, a la luz de su mirada y eso nos permitirá la conversión.

Así lo vamos a pedir y, si os parece, nos ponemos de pie y le vamos a pedir a Santa María, nuestra madre, la que ha alcanzado esa meta de la santidad; vamos a rezar tres avemarías pidiendo el don de la conversión.

Dios te salve, María, llena eres de gracia, el Señor es contigo. Bendita tú eres entre todas las mujeres y bendito es el fruto de tu vientre, Jesús. Santa María, madre de Dios, ruega por nosotros, pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte. Amén.

Dios te salve, María, llena eres de gracia, el Señor es contigo. Bendita tú eres entre todas las mujeres y bendito es el fruto de tu vientre, Jesús. Santa María, madre de Dios, ruega por nosotros, pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte. Amén.

Dios te salve, María, llena eres de gracia, el Señor es contigo. Bendita tú eres entre todas las mujeres y bendito es el fruto de tu vientre, Jesús. Santa María, madre de Dios, ruega por nosotros, pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte. Amén.

El Señor esté con vosotros. Y con tu espíritu. La bendición de Dios todopoderoso, Padre, Hijo y Espíritu Santo, descienda sobre vosotros. Amén.